

**VI**

**LOS JARDINES ÁRABES**

Llegaron los árabes. Cuando las legiones musulmanas se lanzaron a la conquista de Asia y se apoderaron de Ctesifón, de Susa, de Nínive y de Babilonia (634-674), la vista de los jardines que allí descubrieron les causó un verdadero estupor. Es cierto que ya no eran tan bellos como en los tiempos de Darío o de Jerjes. En el intervalo, el imperio de los persas se había desmoronado, cediendo el lugar a todo un mosaico de reinados efímeros. Pero no por ello sus vestigios eran menos suficientemente evocativos para que los árabes tuvieran la impresión de no haber visto todavía nada que pudiera compararse a ellos. Se los apropiaron y decidieron crear otros semejantes en las ciudades antiguas que habían conquistado o en las ciudades nuevas que planeaban fundar. Con ello, se convirtieron en los herederos y continuadores de los persas.

¿Qué heredaron? Primero, la costumbre de construir jardines en lugares elevados; luego, de hacer con ellos espacios cerrados, rodeados de murallas; por último – y, sin duda allí estaba lo esencial – de establecer vínculos, indisolubles a partir de ese momento, que los ligaban al paraíso celestial y hacían de ellos un símbolo tangible de la felicidad.

Pero si los árabes adoptaron estas formas pre-existentes no por ello no les hicieron padecer una transformación profunda. También ellos llevaban consigo una imagen del paraíso, pero no era la misma que la de los discípulos de Zoroastro. Estaba menos atestada de preocupaciones metafísicas. No estaba dominada por el problema de la Caída, por concepciones de redención, de semejanzas y de victoria final de la luz sobre las tinieblas. La felicidad a la que aspiraban era mucho más simple. Encontraba su fuente en las enseñanzas del Profeta y en las duras condiciones de vida que habían sido las suyas durante sus largas peregrinaciones a través del desierto.

Para ellos, el paraíso era la recompensa que Alá reservaba a quienes habían observado escrupulosamente las prescripciones del Corán. Era también un favor que Él

*Los Árabes,  
herederos de los  
Persas*

concedía a los valientes que cayeran en los campos de batalla para asegurar el triunfo de la verdadera fe.

Porque los árabes eran guerreros, pero guerreros voluptuosos. El paraíso que les prometía el Profeta estaba adaptado exactamente a sus deseos. Estaba constituido por un jardín sombreado, con murmurantes corrientes de agua y fuentes límpidas, en donde los elegidos disfrutarían de una juventud eterna. Tendidos sobre cojines de seda festejarían interminablemente, servidos por adolescentes y huríes de belleza insuperable, con las cuales se entregarían a las delicias del amor «sin sentir jamás saciedad ni fatiga».

Si esta imagen del Paraíso había ejercido una atracción tan poderosa sobre la imaginación de los árabes es porque correspondía a las aspiraciones que se habían transmitido de generación en generación a lo largo de sus interminables marchas a través de las arenas. Para ellos, el Paraíso no podía ser más que *lo contrario* del desierto.

Lo cual no significa que los árabes no amaran el desierto. Lo conocen desde hace demasiado tiempo como para no respetar su potencia. Es en él que nació la mayoría de ellos. Es en él que galoparon durante su juventud, ebrios del sentimiento de dominio sobre tanto espacio y tanto viento. Es en él que el Profeta había oído al creador hablándole en su lengua y que el Arcángel Gabriel le había dictado las Suratas del *Corán*. El desierto les había inculcado el sentido del infinito. Él les había infundido «esa paciencia de la vida, ese recogimiento en la mano de Dios, esa certeza silenciosa, inmaterial y serena de una omnipresencia divina, soberana y velada»<sup>1</sup>. En otras palabras, es del desierto que ellos obtenían la dimensión de su alma. Empero, en su terrible desnudez, él no era – no podría nunca ser – una imagen de felicidad. La vida que en él transcurría era en exceso rigurosa. Ellos lo llamaban «el país de la sed», «el país del miedo», «el país del silencio», «el país de la soledad», inclusive «el país del terror». Sin duda, sus horizontes áridos no se oponían a las grandes elevaciones espirituales. Las

*Jardines  
de voluptuosidad*

*La antítesis  
del desierto*

<sup>1</sup> Louis Massignon, *Situation de l'Islam*, Paris, 1939, p. 4.

propiciaban. Pero no le dejaban ningún lugar a la vida de los sentidos. A fuerza de comprimirlos, de reprimirlos, de yugularlos, los exacerbaban y terminaban por darles una violencia explosiva. Para que los jardines pudieran aportar a los árabes la felicidad que de ellos esperaban, era imprescindible que contuvieran todo lo que el desierto no contenía.

Para empezar, la sombra, de la cual el desierto está totalmente desprovisto (en el pensamiento islámico la sombra está investida de una importancia capital: es la prueba visible de la existencia de las cosas. Lo que no proyecta ninguna sombra no existe). Inmediatamente después, la frescura, porque el desierto es un horno ardiente en donde todo se consume como un resplandor inmóvil. Una vegetación fastuosa, para escapar al calor. Agua en abundancia, para escapar a la sed. Cantos de pájaros melódicos para escapar al silencio. Y, finalmente, colores, perfumes, poesía y música. Sin olvidar los cuerpos armoniosos y los rostros embriagadores. Todo en él tenía que estar colmado a la vez: la vista, el oído, el olfato, el gusto, el tacto, sin exceptuar esa sensación difusa que se expande sobre toda la superficie del cuerpo y que se despierta con un escalofrío a la menor caricia. Porque la voluptuosidad no puede nacer más que de la satisfacción simultánea de *todos* los sentidos del hombre, llevados al paroxismo. Y los jardines árabes eran jardines de voluptuosidad – jardines cerrados y verdosos, adornados con fuentes y cerámicas de los cuales todo lo que pudiera recordar al desierto era severamente desterrado.

¿Cómo explicar esta existencia contradictoria del ascetismo y el sensualismo, de la cual la civilización árabe nos ofrece tantos ejemplos? De hecho, estas dos tendencias no existían simultáneamente, pues de otro modo el individuo que hubiera sido su sede habría perecido, víctima de una tensión demasiado fuerte para que un alma humana pudiera soportarla sin morir. Los árabes *pasaban* progresivamente de

*Ascetismo y  
sensualismo*

<sup>2</sup> El beduino o *badawi* es designado por una palabra cuya raíz *bda* significa «comienzo». El beduino es un hombre que, eternamente, *comienza*.

una a la otra y ese pasaje se extendía sobre varias generaciones. La primera era la de los predicadores, de los místicos, de los conquistadores, de los fundadores de imperios. Ellos – sobre todo los primeros – eran de una austeridad intransigente, porque todavía estaban penetrados por el espíritu del desierto. La segunda administraba y consolidaba las conquistas de sus padres. La tercera se volvía sedentaria. Se instalaba en las ciudades y disfrutaba de la vida. Se volvía artista, daba libre curso a sus sentidos y se ablandaba en el lujo y los placeres. Al hacerlo, perdía poco a poco su austeridad primitiva. La cuarta, por último, se hundía en la corrupción y dilapidaba la herencia que había recibido de sus antepasados. Entonces todo se desmoronaba. Una nueva dinastía remplazaba a aquella cuya sabiduría se había secado y el ciclo volvía a empezar <sup>2</sup>...

El gran historiador magrebino Ibn Khaldún, quien vivió en el siglo XIV, describió admirablemente este proceso en el cual ve una manifestación de la voluntad divina. Él fija en ciento veinte años la duración promedio de las dinastías. De manera general, podría decirse que el árabe es un hombre del desierto que aspira a un jardín – un hombre que crece en el ascetismo y muere de voluptuosidad. Esta trayectoria parece ser parte de su destino y él no lo ignora. De ahí su fatalismo, que es a la vez confianza en Dios y conciencia del carácter trágico de la vida. Inclusive si presiente que la muerte lo espera al fondo del jardín, no puede renunciar a él. Se precipita hacia la voluptuosidad con la ebriedad con que la mariposa nocturna se abalanza hacia la flama que terminará por consumirla.

Cuando se estabilizó la conquista que llevó a las legiones islámicas desde el Indo hasta el Guadalquivir, asistimos a la eclosión de una multitud de soberbios jardines en Damasco, en Bagdad, en Chiraz, en Isaphan. Pero no es Oriente donde encontramos los ejemplos más típicos: es en España, en donde la suavidad del clima y la fertilidad del suelo eran sin duda más propicios para su desarrollo completo. En Andalucía, su estilo lo aportaron los últimos representantes de la gloriosa dinastía de los Oméyades, que habían tenido que huir de Damasco, vencidos por los Abásides. Así

*Los jardines  
de los Oméyades*

nacieron la Alambra de Granada y los jardines del palacio de Zahra, construidos por Abderrajman III, a unos cuantos kilómetros de Córdoba y acerca de los cuales se nos asegura que eran aún más bellos (aunque parezca imposible superar el esplendor del Generalife). Desafortunadamente, no podemos hablar de ellos más que por oídas, porque no queda de ellos ya nada. Tenemos que contentarnos con algunas generalidades.

«En tanto que la perspectiva clásica de los jardines de Occidente conduce a la conquista de toda la región circundante, nos dice Massignon, en el jardín musulmán la primera cosa importante es un cierre que lo aisle del exterior»<sup>3</sup>. Con ello, el interés no está ya en la periferia, sino en el centro. Es por eso que el elemento central de los jardines árabes es casi siempre una pila, una fuente o un centro de agua, imagen glorificada de la fuente inicial «benéfica por su frescura y encantadora por su limpidez».

Después de los Omeyyades vinieron los Nasridas y los Abencerrajes, del nombre de Ismael ben Sarraj, el fundador de esta dinastía. Pero ya el zénit había sido rebasado; se anunciaba ya la decadencia y el reflujó. Expulsados de España por los Reyes Católicos, los soberanos árabes tuvieron que replegarse en África. Todavía se muestra en Granada la roca en la que se apoyara Boabdil para lanzar una última mirada al palacio mágico en el que ya no residiría. La tradición reporta que lanzó entonces un suspiro tan desgarrador que la brisa llevó su eco hasta el otro lado del Mediterráneo y que de inmediato oyeron elevarse, un poco en todas partes durante la noche, conciertos de voces, de flautas y de violas para deplorar la pérdida de ese jardín incomparable “en donde el hombre no necesitaba morir para tener una probada del paraíso”.

Siguiendo los pasos de los emires musulmanes que se replegaban hacia el sur, apareció un número creciente de monasterios cristianos. Éstos tomaron prestados algunos de sus rasgos a los jardines que habían construido los discípulos

*Los Abencerrajes  
en Granada*

<sup>3</sup> Louis Massignon, *Situation de l'Islam*, pp. 5-6.

del Profeta, en particular su forma cuadra y su carácter de espacio cerrado. *Hortus clausus, claustrum, jardín cerrado*, tal es el origen de la palabra “claustro”. Pero en tanto que los jardines musulmanes estaban cerrados “a las potencias del desierto”, los claustros fueron cerrados “a las tentaciones del siglo”. Es decir que cesaron de ser jardines de voluptuosidad para convertirse en lugares de meditación y de rezo. Se dispersaron a través de Francia y de Europa Occidental. Encontramos jardines así en Elné, en Saint Michel-de-Cuxa, en Saint Bertrand-de-Comminges, en Saint Gilles-du-Gard, en Moissac, en Thoronet e inclusive, aunque mucho más al norte, en Jumièges, en Saint-Wandrilles, y en muchos otros lugares.

Pero no es de ellos que nacerían los jardines franceses. Lo que sin saberlo encerraban sus ligeras arquerías, llevando en su centro una fuente o un pozo, eran jardines árabes que morían.